
Sobre Carlos Sola Ayape (coord.), *Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, 533 pp., ISBN 978-843-750-756-9



José Daniel Robles Cira

Programa Institucional de Maestría en Historia de México
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
joseroblescira21@gmail.com

Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975), coordinado por Carlos Sola Ayape nos muestra una de las pocas líneas de continuidad que tuvo el gobierno mexicano a lo largo del siglo xx, es decir, su postura diplomática en defensa de la España Republicana y el rechazo permanente al franquismo.

La obra denota balance en cuanto a las apreciaciones y los contenidos. Para ello, Sola Ayape reunió a miembros de la academia mexicana y española en igual proporción, logrando la sensación de que las dos escuelas historiográficas están en constante relación. Además, cuenta con la participación de exdiplomáticos y descendientes de los personajes a historiar, lo que equilibra los distintos puntos

de vista, sin perder la continuidad de la tarea: la diplomacia mexicana en torno a la cuestión española.

El texto relata la historia de la diplomacia mexicana y aunque particulariza a cada uno, es fácil encontrar cosas comunes a los diplomáticos que aquí se investigan: hombres nacidos a finales del siglo *xix* o inicios del *xx*, contemporáneos a la Revolución mexicana —en la que algunos de ellos participaron—, particularmente del lado del constitucionalismo, cercanos al proceso de institucionalización de la Revolución; en un amplio espectro, tuvieron ideas comunes sobre la cuestión social, razón por la que muchos comulgaron con el cardenismo.

Hay otras particularidades que nos muestran a un panteón de diplomáticos comprometidos que no sólo cumplieron con su misión, sino que fueron poetas, traficantes, ideólogos, intelectuales y más; hombres vitales que la vida les concedió mucho tiempo de servicio, la mayoría de ellos longevos, incluso sobrepasando holgadamente los 80 años; largas vidas que dedicaron durante décadas al Servicio Exterior Mexicano.

Después de una excepcional introducción por parte de Carlos Sola Ayape, en el primer capítulo, el exembajador Hermilo López-Bassols, nos muestra el panorama al que se enfrentó el México Independiente durante el siglo *xix*, y como la preocupación constante fue el resguardo de la soberanía nacional, que en ese entonces se veía amenazada frente a grandes imperios y con la creciente amenaza de los Estados Unidos. López-Bassols amplía el recorrido al Segundo Imperio y a la Revolución mexicana, para darnos una lección clara sobre la génesis de nuestra política exterior: y es que la Historia ha sido nuestra mejor escuela.

Dejan claro los autores que, si bien fue el general Lázaro Cárdenas quien dio su ayuda más resuelta a la República, no sólo fue obra suya, ya que desde antes de

su arribo a la presidencia el régimen revolucionario en proceso de institucionalización tenía sobradas simpatías con la España Republicana. El primer acercamiento se dio durante la presidencia de Pascual Ortiz Rubio, cuando ambos países ascendieron su legación a embajada como símbolo de amistad, siendo Alberto J. Pani el primer embajador mexicano, presentando sus credenciales a Niceto Alcalá Zamora, presidente del Gobierno Provisional de la República española en 1931; historia que Lorenzo Meyer contextualiza en el que se conoce como Maximato, en el capítulo dos.

Los siguientes cuatro capítulos muestran lo que fue la política cardenista con respecto a la República durante los primeros años de su gobierno y cómo influyó su ruptura con el callismo. De esta primera etapa cardenista, podemos identificar a los diplomáticos que presentaron sus credenciales a España durante ese periodo, que en orden son: Genaro Estrada, Manuel Pérez Treviño, Ramón P. de Negri y Adalberto Tejeda.

De los anteriores, el más afamado es Genaro Estrada, que si bien fue leal al callismo, sirvió a los intereses de la República y al gobierno mexicano de manera excepcional, inaugurando la doctrina que lleva su nombre. Sin embargo, en el conflicto que Cárdenas tuvo con Calles, resultó desplazado, muriendo al poco tiempo.

Pérez Treviño, quien anteriormente había competido por la candidatura a la presidencia contra Cárdenas, fue enviado a España con el objetivo de alejarlo de la política nacional; lo sorprendió el levantamiento franquista estando fuera de Madrid y al volver encontró la embajada llena de civiles refugiados. Al contrario de Treviño, que siempre fue adepto al conservadurismo y terminó como un reconocido anti cardenista, Ramón P. de Negri y Adalberto Tejeda estuvieron en consonancia de ideas con el general

Cárdenas, a pesar de que el segundo también había competido por la candidatura presidencial contra el general.

De Negri no tenía una buena imagen pública en el país por sus reconocidas simpatías comunistas y admiración por la Unión Soviética, pese a ello, Cárdenas vio en él un hombre inmejorable para la embajada, adelantando las simpatías que los republicanos sentirían por el nuevo embajador. Sin embargo, las críticas aceleraron su estancia en España y se le retiró del cargo; de ello nos da cuenta Julián Chávez Palacios, en el capítulo cinco, con una necesaria introducción que aborda cuál era el estado de la guerra al momento de arribar el embajador.

De estos primeros embajadores de la Guerra Civil, Adalberto Tejeda es más recordado por ser dos veces gobernador de Veracruz, al que gobernó guiado con ideales socialistas. En un primer momento su ayuda a la República la hizo desde Francia donde era embajador, pasó solamente el último año de la guerra al frente de la embajada en España.

Otra virtud del libro es que también se incluye a los embajadores que representaron a la República en México, cargo que desempeñaron Julio Álvarez del Vayo y Félix Gordón Ordás. El primero se encargó de establecer la amistad que caracterizó la diplomacia hispano-mexicana, instaurando el mito antifascista entre los dos países. Por su parte, Gordón Ordás afrontó una situación más compleja, ya que la rebelión franquista lo sorprendió en México, escenario que lo convirtió en propagandista, comprador de suministros de guerra y finalmente el enlace que recibió a los exiliados en México.

Cabe destacar aquí que tanto la España Republicana, como el gobierno mexicano, siempre enviaron embajadores de primer nivel, es decir, personajes que estaban inmiscuidos en los altos círculos de la política de sus respectivos países; el caso de Álvarez del Vayo y de Félix Gordón

Ordás, es una muestra de la importancia que tenía para la República su representación en México.

Sin embargo, la defensa mexicana de la República Española no se limitó a la acción de la embajada. México hizo suyo el reclamo español en la Sociedad de Naciones, denunciando que la política impuesta por occidente llamada de no intervención aislaba sólo a la República, al tiempo que soslayaba la ayuda que Italia y Alemania le brindaban a los sublevados franquistas.

En aquella Sociedad de Naciones, México fue la voz consciente que advertía a los países miembros el gran peligro en que se encontraba el mundo si no se denunciaba la invasión de potencias extranjeras a España, ni las agresiones a Etiopía, China y Austria. La posición nacional se sustentaba en los fundamentos legales que la convención ginebrina había suscrito y que se violaban flagrantemente a la vista de unas democracias europeas que se negaban a actuar. México se hizo en Ginebra de varios triunfos morales, sin embargo, fue desoído y la hecatombe que se avecinaba a Europa no se detuvo a tiempo.

El papel denunciante de la diplomacia mexicana recayó en Narciso Bassols, Isidro Fabela y Primo Villa Michel; si bien los dos primeros son conocidos por la historiografía diplomática, el libro revalora el papel de Villa Michel destacando su importancia y poniendo de relieve el interés de México por blindarse moralmente frente a una eventual invasión de las potencias anglosajonas, en el contexto de las tensiones provocadas por la expropiación petrolera.

Derrotados los republicanos y con la Segunda Guerra Mundial en ciernes, la ayuda mexicana a la República consistió en la evacuación de Europa de los exiliados, tanto de los que se encontraban en Francia al momento de la invasión alemana, como los que se arriesgaban a internarse en Portugal en busca de llegar a la embajada

de México. En esta nueva etapa sobresalen los nombres de Narciso Bassols, Luis I. Rodríguez, Francisco Aguilar González y, finalmente, el más conocido por la historiografía, Gilberto Bosques.

El término de la Segunda Guerra Mundial marca la pauta de la última parte del libro. Con las potencias del eje derrotadas, quedaba pendiente la cuestión española y su entrada a la recién creada Organización de las Naciones Unidas; ingreso que Luis Quintanilla del Valle impidió en representación de México.

Más tarde, podemos ver cómo el mundo bipolar comenzaba a abrir espacios que eran aprovechados por la España de Franco, que había creado un *lobby* español que veía con éxito los intereses de su país logrando que en 1955 España entrara a la ONU en un combo con otros 16 países que negociaron las dos super potencias protagonistas de la Guerra Fría. Al margen de las grandes negociaciones la posición de México se mantuvo inmutable, y fue Rafael de la Colina quien combatió sin éxito la entrada de España al organismo.

La entrada de España a la ONU, no significó una reanudación de relaciones diplomáticas; al contrario, el novel Alfonso García Robles, pidió formalmente la expulsión de España de la organización, ya que a semanas de terminar el franquismo, condenaba a la pena capital a sus ciudadanos.

Como puede verse, el libro concentra inmejorablemente todas las aristas de las relaciones diplomáticas mexicanas y españolas durante casi medio siglo, se ha hecho apenas un esbozo de las líneas generales de la obra, sin embargo, aquí no hay forma de resaltar la agradable narrativa, la emotividad de algunos episodios y la investigación erudita que hacen de la obra no sólo un instrumento de consulta obligada, sino que son, en sí misma, una invitación a esta línea historiográfica.